



Fragmento de "Escuela Superior de Arte de Buenos Aires", *La Prensa*, 8 de noviembre de 1925.

La primera Cárcova

La creación de la Escuela
Superior de Bellas Artes (1921)

Como cuentan las fuentes de la época, la instalación de la Escuela Superior de Bellas Artes en 1923 en estos terrenos, cedidos por el Ministerio de Agricultura, fue concebida casi como una épica que transformó un “desierto” en un “paraíso”. Durante la breve dirección de Cárcova, él mismo expresó la necesidad de que “el maestro conviviese espiritualmente con el discípulo”, de modo tal que se disfrutó de un ambiente de libertad y creatividad. Los siguientes directores, primero el pintor Carlos Ripamonte (1928-1932) y luego el pintor Alfredo Guido (1932-1955), marcaron una nueva etapa en la institución que fomentó una mayor sistematización administrativa y procuró aumentar y diversificar la oferta de materias. Muralismo, cerámica, grabado y artes de libro fueron algunas de las técnicas que podían aprender los y las estudiantes. Así, la Escuela Superior se convirtió en una institución referente tanto en la ciudad de Buenos Aires como en el resto del país y la región.



Clase de pintura con modelo vivo.
Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.



*Taller de decoración mural de la Escuela Superior de Bellas Artes.
Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.*



*Estudiantes en la Escuela Superior de Bellas Artes.
Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.*



Estudiantes en el taller de grabado.
Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.



Estudiante trabajando en una pintura.
Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.



*Vista de la entrada de la Escuela Superior de Bellas Artes, fotografía en
Álbum memoria, libro n. 19. Archivo histórico Escuela Superior de Bellas Artes.*



J. M. L. M., "La escuela superior de bellas artes. su orientación. Diversos proyectos del señor Cárcova", *El Diario*, 24 de marzo de 1926. Fondo Ernesto de la Cárcova, Academia Nacional de Bellas Artes.

Gracias a las gestiones de don Ernesto de la Cárcova, acaba de cederse a la Comisión de Bellas Artes, el edificio y terreno que antiguamente ocupaba el lazareto para animales. Allí, desde hace alrededor de dos años, funciona la Escuela Superior de Bellas Artes.

Hemos considerado oportuno realizar una visita al instituto, cuyo edificio debido al tezón y al aporte particular del señor de la Cárcova, que tiene a su cargo la dirección del establecimiento, va transformándose poco a poco y se encuentra ya rodeado de bonitos jardines con vista al río que hacen de él, un local verdaderamente hermoso.

A continuación expondremos un resumen de la conversación mantenida con el viejo maestro, cuyas ideas tienen especial interés por tratarse de un artista

tan experimentado y cuya figuración de primera línea data desde la época del verdadero nacimiento artístico nacional. Al hacer esta manifestación no nos referimos únicamente a sus triunfos como pintor, sino también al educacionista inteligente y al consejero propulsor de tantas manifestaciones benéficas.

Respecto al actual plan de estudios el señor de la Cárcova se expresó más o menos en los siguientes términos:

-Pienso que la nueva organización dada a los estudios es la más acertada y la que mejor responde a las exigencias actuales y de nuestro futuro artístico, es decir una o más escuelas de dibujo generalizadoras de esa enseñanza y preparatorias para una positiva escuela de arte decorativo con talleres anexos de aplicación en los que el alumno realice al cabo de hábiles maestros, la obra decorativa útil y hermosa. Coronamiento de ella, es la Escuela Superior de Bellas Artes que recibirá la élite, la selección de los mejores y las más evidentes vocaciones, que con preparación eficiente ingresen a ella, para seguir cursos superiores de escultura, pintura y arquitectura esencialmente ornamental, esto último indispensable a los escultores, como lo evidencia la desarmonía que vemos en la mayor parte de nuestros monumentos públicos.

- ¿Y qué piensa de la forma como se estudiaba anteriormente?

- Un instituto único que llene todas las funciones: de escuela elemental, de escuela especial de arte decorativas, de academia de bellas artes y además de preparación del profesorado especial como actualmente funciona, lo considero un contrasentido, en el que no se ha incurrido en ningún país de Europa y tan sólo fue aceptable entre nosotros en los primeros y difíciles pasos de nuestra organización artística hace 20 años. El progreso que se ha realizado debido a la escuela y sin la escuela hace que supere a su propia enseñanza los estudios que se realizan fuera de ella. Por otra parte, ¿cómo es posible que puedan vivir del mismo régimen escolar elementos tan diversos con propósitos y tendencias tan divergentes? Sería lo mismo que si viéramos, dentro del orden de los estudios generales, a la escuela infantil, el Colegio Nacional, el Instituto Pedagógico y a la Universidad, cobijados bajo el mismo techo y con una mente directiva.

- ¿Y en qué forma actúa la Escuela Superior?

- La Escuela Superior de Bellas Artes, cuya dirección me fue ofrecida y desempeño con carácter honorario, debe vivir nuestros tiempos y responder en todo a los anhelos de arte, comenzando por una selección de valores, como

maestros y como discípulos, en un ambiente de libertad espiritual de intensísima labor y de alto ideal artístico. Sintetizando propósitos diría: volver a los buenos momentos del renacimiento, a la famosa "bottega" florentina y romana, en la que el maestro convivía espiritualmente con el discípulo, con la sola diferencia que entonces el discípulo trabajaba por la gloria del maestro, se esforzaba en desarrollar la personalidad del futuro artista dentro de la sabia máxima de Leonardo: "obstinada labor".

- ¿Está usted contento con el local de que dispone?

- El sitio no puede ser más propicio; a diez minutos de la plaza de Mayo, frente al Río de la Plata, rodeado de jardines y en el medio de una gran tranquilidad donde todo invita al encanto de la forma y del color. Carecemos de edificio apropiado y de presupuesto; sólo tenemos un portero. Y bien, acaso es mejor el día que tengamos todo, puede que las cosas no marchen tan bien...

- ¿Podría darme una opinión sobre el arte nacional?

- Creo para hacer arte nacional no es necesario recurrir al arte indígena y que el tema nada tiene que ver con su formación. La prueba es que en todas las épocas los artistas han caracterizado su nacionalidad bajo cualquier cielo que hayan trabajado. Zuloaga es pintor español en París, en Nueva York y donde se quiera. Arte nacional, es, la resultante de una nacionalidad. Respecto de nuestros artistas diré que muchos de ellos harían honor a cualquier nación europea.

El señor de la Cárcova ocupa actualmente la presidencia de la Comisión Nacional de Bellas Artes, mientras dura la ausencia del señor Noel. La actividad de aquél se ha puesto de relieve. Cuando le solicitamos datos sobre sus planes a desarrollar nos dijo:

- Ustedes comprenderán que poco se puede proyectar en un interinato. Me estoy dedicando con preferencia a los asuntos urgentes, como ser la traslación del museo. Las gestiones iniciadas están en buen terreno porque han sido encaradas con criterio práctico: el Jockey Club nos venderá, probablemente, el terreno de la plaza San Martín con frente a Esmeralda en una suma aceptable y dando facilidades para el pago; siguiendo su tradicional generosidad el Jockey Club contribuiría con una suma respetable para que iniciásemos el edificio y quizás haga lo mismo la Municipalidad. Por ahora no puedo darles mayores detalles, pero tendrá mucho placer en facilitarnos una vez que lleguemos a algo concreto. Tengo también la idea de ampliar de forma provisoria las salas del Salón

para que de ese modo podamos invitar a exponer conjuntos personales en la exposición nacional. Por otro lado, estoy haciendo gestiones a fin de que se incluya una partida de 50.000 pesos en el presupuesto municipal (que cuando formé parte de la Comisión Municipal, yo obtuve y años después se suprimió), destinada a ornamentar artísticamente edificios y paseos.

ERNESTO DE LA CARCOVA

El Instituto Superior de Bellas Artes, hoy Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación que lleva su nombre



ERNESTO DE LA CARROVA

Al finalizar el curso del año 1923 la cátedra de pintura en la Academia Nacional de Bellas Artes se hallaba aún vacante debido a las renuncias de los sucesivos titulares, Cesáreo Bernaldo de Quirós y Fernando Fader. En aquel entonces regía los destinos del país un sincero amigo de los artistas y ferviente cultor del arte, el doctor Marcelo T. de Alvear, quien tuvo la feliz idea de designar a Dón Ernesto de la Córpora para el desempeño de la cátedra vacante. La Academia Nacional de Bellas Artes, en la que entonces cursábamos estudios, en conocimiento de tal designación, reunió a todos los alumnos en condiciones de escribir la enmienda del suceso.

Tan pronto como cundió la noticia acudieron diversos estudiantes del curso superior de dibujo, y, cuando el anuncio se hizo público, ya existían algunos inscritos, quienes conjuntamente con los elegidos constituyeron el grupo de alumnos fundadores de la que luego fue la Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación.

He aquí los nombres: Agosti Antonio, Belianesco Pedro, Camps Abel, Chizzolini Conrado, Defferari Adolfo, Parula Victor, Piotti Dematens Pedro, Rossi Roberto, Saavedra Alberto, Sacchi Aquiles, Viberti Marco, Vitarella Juan.

Al hacerse cargo de sus funciones, de la Cátedra tropezó con el inconveniente de un local inadecuado, falta de espacio y de luz al extremo de tener que repartir a sus discípulos en tres grupos, que distribuyó así: el primero en el reducido espacio disponible del aula de conferencias, el segundo en un patio circunscrito por un tabique de madera y el tercero en dos fracciones que alojó una en la Biblioteca y la otra en un corredor del fondo de la casa.

Esta circunstancia contribuyó a que el maestro comenzara a sentirse incómodo. Por ello solicitó un local adecuado, lo que no le fue concedido, dado que el estado precario en que se desenvolvía la Academia. Este hecho originó a que el maestro pensara en presentar la renuncia, actitud con la que se solidarizaron los alumnos. Pero, luego, al pensar qué era lo que les hacía quedarse una vez más desamparados, los alumnos pasaron a otro estado y resolvieron iniciar gestiones particulares tendientes a obtener un local con lo más indispensable. No pretendía una céntrica más, que por esta parte no necesitaba. Solamente propendía a formar un plantel de legítimos artistas. De si le fue dado realizarlo, la historia lo dirá algún día.

[illegible]

Tras de un breve andar, llegaron. En un descampado, sumado y entretejido de árboles, se abrieron las puertas de la habilitación y contritaron a un espacio de tierra que se había convertido en un jardín. Este sueto refugio respiró. El ambiente se presentaba hostil: la inmensidad del río contribuía a hacer más agreste el lugar, sus ondas lamiendo mansamente los muros merced por algo que otros pudo haber sido su algarabía. Pero los dos, desde el primer momento, se habían comprometido a conquistar el desierto.

Recurdaron todos los capataces por el maestro penetrantes para tomar posesión de las instalaciones. Adifés las ilusiones corrian durante el corto trayecto. El local era sombrio, mal ventilado: tratabase de un establo que convertían en los cuartos de vivienda para los animales (reales y ficticios) que los experimentos que hacían insoportable aquella atmósfera. Ellos son de otro mundo.

terro en veñica. Pero era uno de aquellos egipcios que irían simpática e infundir valor, que serían encarnaciones totales para la lucha, y poco después nos hacían entrar en acción por medio de bodas, palas y escobillones. Dura la "refección", vino con el "cuchillo" al local en condiciones de ser ocupado, sin confortablemente, por lo menos en un estado de higiene que hacía posible albergar a un gran número de personas. El primer taller fue instalado en un sótano, y los demás en el primer piso. Los estudiantes despiertos, pero los talleres en algunos países no se hallaban decorados y presentaban aspectos tan profundos que hacían temer por la estabilidad de la obra. Pero, con el agravante que las puertas eran de chapa de hierro con su parte inferior vidriada en un panel superior y que por esta vía fuera exteriorizada la parte inferior del cuerpo humano, dando lugar a una gran confusión con el pito de guerra, dando la impresión de una vivienda en el Polo. El caso de nuestro entusiasmo, al que muchos nombres inventados, permitían hacer olvidar de pronto la idea de la planta física (relacionada con la idea de la planta física) que otro trozo.

Otra de las galas de aquella residencia era un enorme foro ubicado debajo de la antena de la Radio Buenos Aires, destinado a vaciadero de desperdicios. Lo que además constituía un campo propicio para la reproducción de un enjambre de insectos, cuya única finalidad pareciera haber sido el no dejarnos un solo instante de sosiego.

De la Cárcova se les reunieron periódicamente, y con breves alocuciones expresaba cuáles eran sus planes de acción futura, entre los que figuraba el propósito de levantar talleres individuales para que los alumnos aventajados pudieran trabajar independientemente, y crear, dando rienda suelta a la fantasía. Otra idea suya era que el Establecimiento habría de regirse por un sistema análogo al de la Universidad, donde el alumnado gozara amplia libertad de acción y de elección.

La Academia Nacional de Bellas Artes, la cual dependía ante la ciudadana, no bajaba las cosas de su modo, y siguiendo su tradición disciplinaria destina a un alumno a ejercer de cónsul, que no tardó en ser alzado.

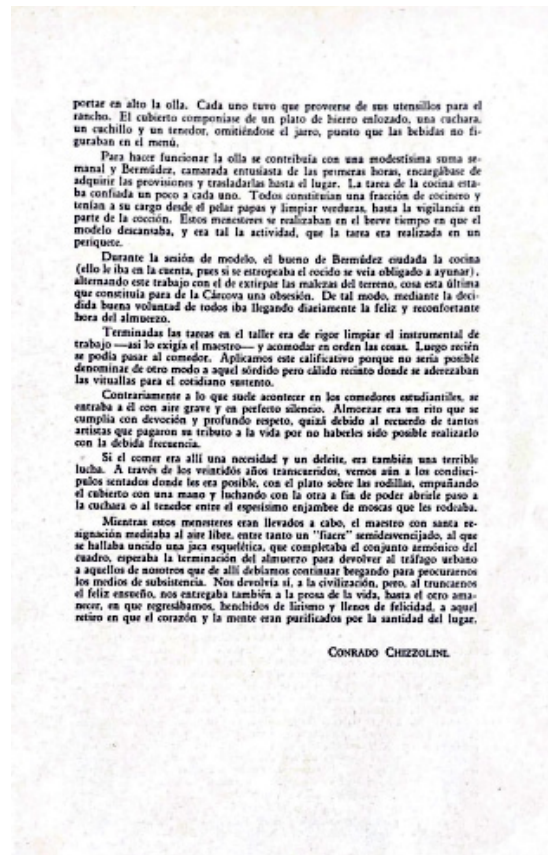
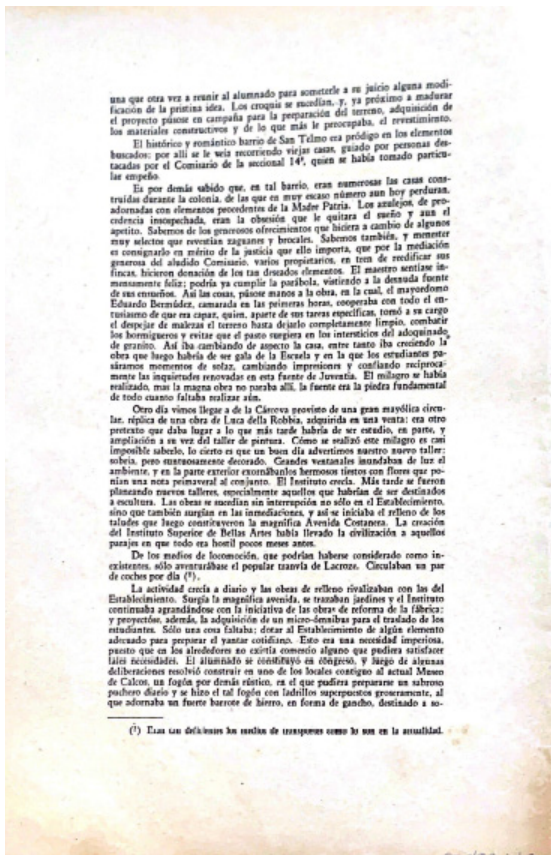
En tanto tales supuestos se dan comienzo al primer día de clase. El *alumnado* pretendía hacer sus cosas de las atribuciones que el maestro les había otorgado, pero, el *calador* enviado por el *calador* de la ciudad, que las cosas se desvelaban de tal modo, haciéndole cuesta arriba con respecto a las atribuciones conferidas a los estudiantes significativas. Era, por supuesto, una conquista imponderable, la máxima a que podría aspirar un establecimiento disciplinario a través de su. Tan asignada era la costumbre de imponer una férrea que, no pudiendo el ciudad *calador* llegar a comprenderlo, lo resultó más preciso conlamar con las normas habituales.

El alumnado no estaba dispuesto a hacer de ellas la más mínima concesión, y fué así como, palabra, vz, palabra vieja, terminó aquello en un campo de agremiame. A una sola voz precipitaban al calador una tal paliza que lo dejáram maltratado. Salíó éste al medio del campo dando voces de auxilio tan desamparadas que unos policías que recorrían las inmediaciones a caballo hicieron irrupción en el Establecimiento, y solidarizándose con la actitud del calador, a quien inspecharon revocado de gran autoridad, dudo el carácter del Establecimiento, resolvieron trasladar a los estudiantes a la Comisaría 7ª, en donde se les hizo descansar de la fatiga durante largas horas.

Grande, muy grande fué el clamor de de la Círculo cuando al regresar por la tarde, se enteró que el Instituto, que tan promisiónciamos comenzado a funcionar, se había quedado, como por arte de magia, sin alumnos. Enterado de los acontecimientos no le quedó otro recurso que concurrir a la ciudad Consistorial y solicitar la libertad de aquéllos. Ante las razones invocadas por el maestro, la excofración fué concedida de inmediato.

Comovedora fué la reprensión con que al día siguiente nos recibiera. Le escuchamos con respeto y hasta con veneración. Una vez que habido obtenido la formal promesa de que habido de tal índole no habría de repetirse, abrió generosamente las puertas del taller, en tanto que el estador de materias era devuelto a la Academia. La libertad habida sido conquistada y, bajo tal símbolo, se iniciaba a la vida el Instituto Superior de Bellas Artes.

conservar apaciblemente los días, y mientras se trabajaba con dedicación formalista, se iba creando una especie de "ritual" que permitía pensar, ideas de artistas que hubieran creído que, al estar ligado a la visión de horizontes amplios y cerca de grandes realizaciones, así como a la simbólica fuente y eran dignas de ver las citas que a diario nos hiciera, en cuyas reuniones, con paternal afecto comulgaba acerca de la realización de sus proyectos; inquiría ideas y aceptaba con benevolencia las críticas que se le formulaban, acerca de las cuales abundaba en explicaciones a efectos de fundamentarlas, y a veces se veía adormido por el concepto en que habíamos incurrido. El estudio que se efectuaba era bueno, pero no era lo que especialmente cuando, extrayendo de sus boletines un trozo de papel y un lápiz expresaba sus ideas gráficamente, para mejor comprensión. La construcción de la fuente era algo que le obsesionaba y en ello no se daba descanso, volviendo



Conrado Chizzolini, "Ernesto de la Cárcova. El Instituto Superior de Bellas Artes, hoy Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación que lleva su nombre", *El Patio*, 1945.

Al finalizar el curso del año 1923 la cátedra de pintura en la Academia Nacional de Bellas Artes se hallaba aún vacante debido a la renuncia de los sucesivos titulares, Cesáreo Bernaldo de Quirós y Fernando Fader. En aquel entonces regía los destinos del país un sincero amigo de los artistas y ferviente cultor del arte, el doctor Marcelo T. de Alvear, quien tuvo la feliz idea de designar a Don Ernesto de la Cárcova para el desempeño de la cátedra vacante. La Academia Nacional de Bellas Artes, en la que entonces cursáramos estudios, en conocimiento de tal designación, reunió a todos los alumnos en condiciones de recibir la enseñanza del nuevo profesor.

Tan pronto como cundió la noticia acudieron diversos estudiantes del curso superior de dibujo, y, cuando el anuncio se hizo público, ya existían algunos inscritos, quienes conjuntamente con los elegidos constituyeron el grupo de

alumnos fundadores de la que luego fue la Escuela Superior de Bellas Artes de la Nación.

He aquí los nombres: Agosti Antonio, Briancesco Pedro, Camps Abel, Chizzolini Conrado, Deferrari Adolfo, Parula Víctor, Piotti Dematteis Pedro, Rossi Roberto, Saavedra Alberto, Sacchi Aquiles, Viberti Marcos, Vitarella Juan.

Al hacerse cargo de sus funciones, De la Cárcova tropezó con el inconveniente de un local inadecuado, falta de espacio y de luz al extremo de tener que repartir a sus discípulos en tres grupos, que distribuyó así: el primero en el reducido espacio disponible del aula de conferencias, el segundo en un patio circunscrito por un tabique de madera y el tercero en dos fracciones que alojó una en la Biblioteca y la otra en un corredor del fondo de la casa.

Esta circunstancia contribuyó a que el maestro comenzara a sentirse incómodo. Por ello solicitó un local adecuado, lo que no le fue concedido, dado el estado precario en que se desenvolvía la Academia. Esto dio origen a que el maestro pensara en presentar la renuncia, actitud con la que se solidarizaron los alumnos; pero, luego, al pensar quizás en que éstos quedarían una vez más desamparados, orientó sus pasos en otro sentido y resolvió iniciar gestiones particulares tendientes a obtener un local con lo más indispensable. No pretendía una cátedra más, que por otra parte no necesitaba. Solamente propendía a formar un plantel de legítimos artistas. De si le fue dado realizarlo, la historia lo dirá algún día.

Después de diversas gestiones realizadas obtuvo, por mediación del doctor Alvear, se le cedieran las instalaciones del antiguo lazareto de animales perteneciente al Ministerio de Agricultura, ubicado a orillas del Río de la Plata. Tales galpones no llenaban ampliamente sus aspiraciones, pero los aceptó sin reservas. El afán del maestro había suplido todas las deficiencias del local concibiendo mejoras que sólo él podía entrever y le faltó tiempo para anunciar a sus discípulos el feliz hallazgo y prepararlos para iniciar la marcha hacia la gran empresa. Fue así que una mañana luminosa, un carromato tirado por un caballo, se detuvo a las puertas del vetusto edificio de la calle Alsina, a efectos de cargar los elementos con que dotaban al naciente Instituto Superior. Los efectos que se le entregaban no eran por supuesto abundantes; consistían en caballetes, bancos, tarimas, completando este equipo un par de trapos en desuso que habrían de servir para fondos. Con estos contadísimos elementos y mucha sed de ilusiones, trepamos al carro e hicimos rumbo hacia la gran aventura. Todo era promisor, como la brillantísima luz del sol de aquella mañana.

Tras un breve andar, llegamos. En un descampado inmenso y entre dilatados pajonales divisamos las instalaciones que luego habrían de constituir nuestro refugio espiritual. El ambiente se presentaba hostil; la inmensidad del río contribuía a hacer más agreste el lugar, sus ondas lamían mansamente los muros cercados por algo que otrora pudo haber sido un alambrado. Por añadidura rondaba el lugar gente sospechosa. Aquello era conquistar el desierto.

Reunidos todos y capitaneados por el maestro penetramos para tomar posesión de las instalaciones. Adiós las ilusiones concebidas durante el corto trayecto. El local era sombrío, mal ventilado: tratábase de un establo que conservaba aún los tabiques divisorios para los animales enfermos, en el cual yacían montones de excrementos que hacían irrespirable aquella atmósfera. Ello nos detuvo con violencia.

Nuestro jefe, que era uno de aquellos espíritus que irradian simpatía e infunden valor, nos arengó enardeciéndonos para la lucha, y poco después sus huestes entraban en acción provistas de baldes, palas y escobillones. Dura fue la "refriega", ante cuyo embate cayó vencido el enemigo. Luego de una acción enérgica y decidida quedó el local en condiciones de ser ocupado, si no confortablemente, por lo menos en un estado de higiene que hacía posible habitarlo. El primer taller fue instalado en el extremo del ala que daba sobre el río; el rumor de las aguas nos tenía despiertos, pues los taludes en algunos puntos se hallaban desmoronados y presentaban huecos tan profundos que hacían temer por la estabilidad de la fábrica. La muy escasa luz que se recibía entraba por unas troneras que aun (sic) hoy existen, con el agravante que las puertas eran de chapa de hierro con un par de minúsculos vidrios en su parte superior y que por una fisura existente entre la parte inferior de aquéllas y el umbral entraba en invierno un frío tal que en conjunto, con el piso de cemento, daban la impresión de una vivienda en el Polo. El calor de nuestro entusiasmo, al que sumábase nuestra juventud, permitían hacer llevadera esa vida. Sólo se pintaba figura (cabezas), y en los días muy templados, uno que otro torso.

Otra de las galas de aquella residencia era un enorme foso ubicado debajo de la antena de la Radio Buenos Aires, destinado a vaciadero de desperdicios, lo que además constituía un campo propicio para la reproducción de un enjambre de insectos, cuya única finalidad pareciera haber sido el no dejarnos un solo instante de sosiego.

De la Cárcova solía reunirnos periódicamente, y con breves alocuciones expresaba cuáles eran sus planes de acción futura, entre los que figuraba el

propósito de levantar talleres individuales para que los alumnos aventajados pudieran trabajar independientemente, y crear, dando rienda suelta a la fantasía. Otra idea suya era que el Establecimiento habría de regirse por un sistema análogo al de la Universidad, donde el alumnado tuviera amplia libertad de acción; la asistencia no era obligatoria y la concurrencia al taller fue completa.

La Academia Nacional de Bellas Artes, de la cual dependía aún la cátedra, no entendía las cosas de ese modo, y siguiendo su tradición disciplinaria destacó a un celador a efectos de cuidar el orden, que no tardó en ser alterado.

Bajo tales auspicios se dio comienzo al primer día de clase. El alumnado pretendía hacer uso un tanto amplio de las atribuciones que el maestro les había otorgado, pero, el celador enviado no podía avenirse a la idea de que las cosas se desarrollaran de tal modo, haciéndosele cuesta arriba penetrarse de lo que las atribuciones conferidas a los estudiantes significaban. Era, por supuesto, una conquista imponderable, la máxima a que podría aspirar un establecimiento educacional de arte. Tan arraigada era la costumbre de imponer una férrea disciplina a través de los largos años en el desempeño de funciones de vigilancia que, no pudiendo el citado celador llegar a comprenderlo, le resultó más práctico continuar con las normas habituales.

El alumnado no estaba dispuesto a hacer de ellas la más mínima concesión, y fue así como, palabra, va, palabra viene, terminó aquello en un campo de Agramante. A una sola voz propinaron al celador una tal paliza que lo dejaron maltrecho. Salió éste al medio del campo dando voces de auxilio tan destempladas que unos policías que recorrían las inmediaciones a caballo hicieron irrupción en el Establecimiento, y solidarizándose con la actitud del celador, a quien sospecharon revestido de gran autoridad, dado el carácter del Establecimiento, resolvieron trasladar a los estudiantes a la Comisaría 2ª, en donde se les hizo descansar de la fatiga durante largas horas.

Grande, muy grande fue el asombro de De la Cárcova cuando al regresar por la tarde, se enteró que el Instituto, que tan promisoriamente había comenzado a funcionar, se había quedado, como por arte de magia, sin alumnos. Enterado de los acontecimientos no le quedó otro recurso que concurrir a la citada comisaría y solicitar la libertad de aquéllos. Ante las razones invocadas por el maestro, la excarcelación fue concedida de inmediato.

Conmovedora fue la reprimenda con que al día siguiente nos recibiera. Le

escuchábamos con respeto y hasta con veneración. Una vez que hubo obtenido la formal promesa de que hecho de tal índole no habría de repetirse, abrió generosamente las puertas del taller, en tanto que el celador de marras era devuelto a la Academia. La libertad había sido conquistada y, bajo tal símbolo, se iniciaba a la vida el Instituto Superior de Bellas Artes.

Transcurrían apaciblemente los días, y mientras se trabajaba con dedicación fervorosa, el maestro no daba tregua a las ideas que muy probablemente pensara, ideas de artista que hubo vivido una existencia intensa, acostumbrado a la visión de horizontes amplios y capaz de grandes realizaciones. Así surgía la de la simbólica fuente y eran dignas de ver las citas que a diario nos hiciera, en cuyas reuniones, con paternal afecto consultaba acerca de la realización de sus proyectos; inquiría ideas y aceptaba con benevolencia las críticas que se le formulaban, acerca de las cuales abundaba en explicaciones a efectos de fundamentar sus proyectos y a la vez señalarnos errores de concepto en que hubiésemos incurrido. El espectáculo que ofrecían estas breves reuniones era emotivo, especialmente cuando, extrayendo de sus bolsillos un trozo de papel y un lápiz expresaba sus ideas gráficamente, para mejor comprensión. La construcción de la fuente era algo que le obsesionaba y en ello no se daba descanso, volviendo una que otra vez a reunir al alumnado para someterle a su juicio alguna modificación de la prístina idea. Los croquis se sucedían, y, ya próximo a madurar el proyecto púsose en campaña para la preparación del terreno, adquisición de los materiales constructivos y de lo que más le preocupaba, el revestimiento.

El histórico y romántico barrio de San Telmo era pródigo en los elementos buscados; por allí se le veía recorriendo viejas casas, guiado por personas destacadas por el comisario de la seccional 14ª, quien se había tomado particular empeño.

Es por demás sabido que, en tal barrio, eran numerosas las casas construidas durante la colonia, de las que en muy escaso número aún hoy perduran, adornadas con elementos procedentes de la Madre Patria. Los azulejos, de procedencia insospechada, eran la obsesión que le quitara el sueño y aun el apetito. Sabemos de los generosos ofrecimientos que hiciera a cambio de algunos muy selectos que revestían zaguanes y brocales. Sabemos también, y menester es consignarlo en mérito de la justicia que ello importa, que por la mediación generosa del aludido Comisario, varios propietarios, en tren de reedificar sus fincas, hicieron donación de los tan deseados elementos. El maestro sentíase inmensamente feliz; podría ya cumplir la parábola, vistien-

do a la desnuda fuente de sus ensueños. Así las cosas, púsose manos a la obra, en la cual, el mayordomo Eduardo Bermúdez, camarada en las primeras horas, cooperaba con todo el entusiasmo de que era capaz, quien, aparte de sus tareas específicas, tomó a su cargo el despejar de malezas el terreno hasta dejarlo completamente limpio, combatir los hormigueros y evitar que el pasto surgiera en los intersticios del adoquinado de granito. Así iba cambiando de aspecto la casa, entre tanto iba creciendo la obra que luego habría de ser gala de la Escuela y en la que los estudiantes pasáramos momentos de solaz, cambiando impresiones y confiando recíprocamente las inquietudes renovadas en esta fuente de Juventia. El milagro se había realizado, mas la magna obra no paraba allí, la fuente era la piedra fundamental de todo cuanto faltaba realizar aún.

Otro día vimos llegar a De la Cárcova provisto de una gran mayólica circular, réplica de una obra de Luca della Robbia, adquirida en una venta; era otro pretexto que daba lugar a lo que más tarde habría de ser estudio, en parte, y ampliación a su vez del taller de pintura. Cómo se realizó este milagro es casi imposible saberlo, lo cierto es que un buen día advertimos nuestro nuevo taller; sobria, pero suntuosamente decorado. Grandes ventanales inundaban de luz el ambiente, y en la parte exterior exornábanlos hermosos tiestos con flores que ponían una nota primaveral al conjunto. El Instituto crecía. Más tarde se fueron planeando nuevos talleres, especialmente aquellos que habrían de ser destinados a escultura. Las obras se sucedían sin interrupción no sólo en el Establecimiento, sino que también surgían en las inmediaciones, y así se iniciaba el relleno de los taludes que luego constituyeron la magnífica Avenida Costanera. La creación del Instituto Superior de Bellas Artes había llevado la civilización a aquellos parajes en que todo era hostil pocos meses antes.

De los medios de locomoción, que podrían haberse considerado como inexistentes, sólo aventurábase el popular tranvía de Lacroze. Circulaban un par de coches por día.³

La actividad crecía a diario y las obras de relleno rivalizaban con las del Establecimiento. Surgía la magnífica avenida, se trazaban jardines y el Instituto continuaba agrandándose con la iniciativa de las obras de reforma de la fábrica; y proyectose, además, la adquisición de un micro-ómnibus para el traslado de los estudiantes. Sólo una cosa faltaba; dotar al Establecimiento de algún elemento adecuado para preparar el yantar cotidiano. Esto era una

³ Eran tan deficientes los medios de transportes como lo son en la actualidad.

necesidad imperiosa, puesto que en los alrededores no existía comercio alguno que pudiera satisfacer tales necesidades. El alumnado se constituyó en congreso, y luego de algunas deliberaciones resolvió construir en uno de los locales contiguo al actual Museo de Calcos, un fogón por demás rústico, en el que pudiera prepararse un sabroso puchero diario y se hizo el tal fogón con ladrillos superpuestos groseramente, al que adornaba un fuerte barrote de hierro, en forma de gancho, destinado a soportar en alto la olla. Cada uno tuvo que proveerse de sus utensilios para el rancho. El cubierto componíase de un plato de hierro enlozado, una cuchara, un cuchillo y un tenedor, omitiéndose el jarro, puesto que las bebidas no figuraban en el menú.

Para hacer funcionar la olla se contribuía con una modestísima suma semanal y Bermúdez, camarada entusiasta de las primeras horas, encárgabase de adquirir las provisiones y trasladarlas hasta el lugar. La tarea de la cocina estaba confiada un poco a cada uno. Todos constituían una fracción de cocinero y tenían a su cargo desde el pelar papas y limpiar verduras, hasta la vigilancia en parte de la cocción. Estos menesteres se realizaba en el breve tiempo en que el modelo descansaba, y era tal la actividad, que la tarea era realizada en un periquete.

Durante la sesión de modelo, el bueno de Bermúdez cuidaba la cocina (ello le iba en la cuenta, pues si se estropeaba el cocido se veía obligado a ayunar), alternando este trabajo con el de extirpar las malezas del terreno, cosa esta última que constituía para De la Cárcova una obsesión. De tal modo, mediante la decidida buena voluntad de todos iba llegando diariamente la feliz y reconfortante hora del almuerzo.

Terminadas las tareas en el taller era de rigor limpiar el instrumental de trabajo –así lo exigía el maestro– y acomodar en orden las cosas. Luego recién se podía pasar al comedor. Aplicamos este calificativo porque no sería posible denominar de otro modo a aquel sórdido pero cálido recinto donde se aderezaban las vituallas para el cotidiano sustento.

Contrariamente a lo que suele acontecer en los comedores estudiantiles, se entraba a él con aire grave y en perfecto silencio.

Almorzar era un rito que se cumplía con devoción y profundo respeto, quizá debido al recuerdo de tantos artistas que pagaron su tributo a la vida por no haberles sido posible realizarlo con la debida frecuencia.

Si el comer era allí una necesidad y un deleite, era también una terrible lucha. A través de los veintidós años transcurridos, vemos aún a los condiscípulos sentados donde les era posible, con el plato sobre las rodillas, empuñando el cubierto con una mano y luchando con la otra a fin de poder abrirle paso a la cuchara o al tenedor entre el espesísimo enjambre de moscas que les rodeaba.

Mientras estos menesteres eran llevados a cabo, el maestro con santa resignación meditaba al aire libre, entre tanto “fiacre” semidesvencijado, al que se hallaba uncido una jaca esquelética, que completaba el conjunto armónico del cuadro, esperaba la terminación del almuerzo para devolver al tráfigo urbano a aquellos de nosotros que de allí debíamos continuar bregando para procurarnos los medios de subsistencia. Nos devolvía sí, a la civilización, pero, al truncarnos el feliz ensueño, nos entregaba también a la prosa de la vida, hasta el otro amanecer, en que regresábamos, henchidos de lirismo y llenos de felicidad, a aquel retiro en que el corazón y la mente eran purificados por la santidad del lugar.

Conrado Chizzolini

CÓMO CITAR

Gallipoli, Milena. “La primera Cárcova. La creación de la Escuela Superior de Bellas Artes (1921)”. Ernesto y la Cárcova, 2023.
URL: [museodelacarcova/ernestoylacarcova](https://museodelacarcova.com/ernestoylacarcova)